

SIMPLE Y HOSTIL — VOLUMEN 1. GBS SECURITY



SIMPLE Y *Hostil*

SERIE GBS SECURITY
CLARA H. VIAL

PROPIEDAD INTELECTUAL DE CLARA H. VIAL
MATERIAL EXCLUSIVO — PROHIBIDA SU VENTA.

Para todos los que se
atreven a enfrentar
sus temores, abrir los
ojos y ver lo simple
que es el verdadero
amor.

PRÓLOGO

Tres años atrás...

Knox

Era mi última misión. Seguir prestando servicios al *FBI* como asesor, no era precisamente la idea que tenía en mente, cuando me retiré de la marina para fundar mi propia empresa de seguridad. Pero la paga era extremadamente buena y la red de contactos a la que tenía acceso, aún mejor.

Nunca fue mi intención que despidieran a los especialistas que tenían, pero me contrataron para capacitar a unos inútiles, incapaces de seguir el ritmo. A los tres meses fueron dados de baja y recibimos a un equipo de cinco jóvenes, hambrientos de conocimiento y experiencia. Llevaba casi tres años en eso y, a pesar de lo que dijera Shaw, el jefe del área, ya había tenido suficiente.

Haberme convertido en agente de seguridad estratégica, era un gran activo para mí. Nunca había oído que un externo al

departamento tuviese acceso a tanta información. Sin embargo, era mi caso, un beneficio a largo plazo, y al mismo tiempo, parte de mi trabajo.

—Bien. Gibson, tú y el equipo rojo esperarán mis instrucciones desde el flanco derecho —comenzó Shaw, que encabezaría el escuadrón de asalto—. Carter, el equipo azul al flanco izquierdo. —Indicó.

Al coronel Shaw lo conocí cuando ingresé al *FBI*. A pesar de que sirvió en el ejército más de veinte años y diez de ellos en las fuerzas especiales, se encontraba, al igual que nosotros, trabajando detrás de un escritorio. Rara vez aceptaba dirigir misiones, pero había sido el primero en dar un paso adelante para esa.

La historia entre Carter y yo, por otro lado, era diferente y más antigua. Varios años mayor, había sido instructor de combate cuerpo a cuerpo, y uno de los primeros en enseñarme cuál era mi lugar. Él, mi hermano y yo, encabezamos juntos varias misiones en *Afganistán*. La hermandad que construimos en tiempos de guerra, se convirtió en una, tanto, o más importante, que la que corría por mis venas.

Se fue de baja por una herida de bala que por poco le destroza el muslo. Si bien, se recuperó por completo, ante los ojos del cuerpo, ya no era suficientemente bueno como para ser reincorporado.

Ingresó al *FBI* prácticamente de inmediato y me arrastró con él, un año después. La diferencia entre nosotros era que, su contrato era con el gobierno como agente especial y el mío, con el departamento de inteligencia federal, como asesor.

—Weston llegará a las cero trescientas para coordinar las últimas piezas y cuidará sus seis, en el equipo amarillo de refuerzo.

—¿Weston? —preguntó Carter.

—Acaba de ser transferida de la agencia central de inteligencia.

—¿De la *CIA*? —interrumpió Carter con los ojos abiertos.

—Es la agente que reemplazará a Matthews, en cuanto se ponga al corriente del funcionamiento del departamento y de los casos en que él estaba involucrado.

—¿La agente?

—¿Hay algún problema? —preguntó Shaw.

—No... no, ninguno —aseguró Carter.

—Muy bien, caballeros. Les recomiendo descansar, mañana será un largo día —terminó Shaw con la charla, y comenzó a recoger la carpeta con los documentos que habíamos revisado en detalle, y que, a esas alturas, ya me había aprendido de memoria.

Me gustaba llegar temprano, por lo que una hora antes, entré a los camerinos.

Llevaba tiempo sin usar mi chaleco antibalas y mucho más, sin usar un casco.

Escuché ruido en el fondo, cerca del lavamanos y cuando me acerqué, me encontré con una pequeña y menuda chica, que acababa de terminar de atarse el cabello.

—Buenos días. —Saludé.

—Buenos días.

—¿Tan temprano por aquí?

—Mmm... —Le dio una vuelta más al elástico con el que se ajustaba el pelo—. Es mi primer día y quiero causar una buena impresión.

—Sabio dicho.

—Así es... nunca hay una segunda oportunidad para causar una primera buena impresión.

—Es verdad.

—Lily —dijo con una sonrisa.

—Knox. —Estiré el brazo para estrechar su mano. Levantó una ceja y sonrió con más ganas, pero en cámara lenta.

—Es un placer conocerte, Knox.

—Igualmente. —Por primera vez en años, no supe qué hacer con las manos, a pesar de que mis pantalones cargo tenían más bolsillos de los que podía contar—. Mmm... ¿Te apetece un café?

—Pues...

—No es de lo mejor, pero cumple su función. Hay una máquina en el piso de arriba.

—Oh... gracias. —Sus labios llenos empezaron a tentarme cuando volvió a sonreír. Por alguna razón, Lily, la menuda agente de las fuerzas especiales, me tenía encantado. Era el mágico contraste entre su tez blanca y ojos profundos, más las ondas que se le hacían en el pelo, aun cuando se lo hubiese amarrado.

Nunca había conocido a una chica tan dulce y que trabajara en un ambiente tan crudo, acompañada de un universo infinito de simios. Porque los de fuerzas especiales, lo eran, a excepción de algunos. Como ella.

—Café solo por favor —dijo Lily, en cuanto me vio sacar monedas del bolsillo.

—Serán dos. —Me sentía como un adolescente, incapaz de disimular la sonrisa frente a una de las chicas más bellas que hubiese conocido.

—Y, ¿cuál es tu especialidad? —le pregunté cuando nos sentamos en una de las mesas que había frente a la máquina expendedora.

—Pues... he hecho un poco de todo, pero... ¿si te refieres a armas...? —Miró el cielo y después de unos segundos, tomó un sorbo de café—. ¡Puaj! Esto es asqueroso. —Tosió y no pude evitar la carcajada.

—Lo siento, lo siento. —Me mordí la lengua—. Lo siento, estoy tan acostumbrado a esta porquería, que no lo había pensado.

—¡Puaj! —Sacó su redonda y rosada lengua, y luego, se mojó los labios. Parecían brillar, parecían iluminar el camino y rogar a gritos por una infinidad de besos.

Dios. Era un hecho, el trabajo me consumía a tal punto, que me sentí incómodo cuando un impulso no deseado, comenzó a palpitar debajo de mi cinturón.

—El *cappuccino* es mejor —dije para cambiar el tema.

—Gracias, Knox —miró la hora—, pero... —Sonrió—. Está bien, un *cappuccino*, solo espero que no me envenenes con eso.

Sonréí como un idiota y gustoso, volví a llenar de monedas la máquina y esperé a que saliera su nuevo brebaje.

—Entonces... —insistí.

—¿Mmm?

—¿Cuál es tu especialidad?

—Oh, claro, eso. Pues... se me dan bien varias cosas, pero creo que... soy una buena francotiradora.

—Guau.

—¿Sorprendido?

—Pues, sí.

—¿Sexista?

—No, claro que no. Solo que, los rifles son pesados y tú eres... —Me aclaré la garganta, no pude evitar mirarla de arriba abajo, sentir un choque de adrenalina en el

pecho y uno de electricidad en mi entrepierna—. Eres menuda.

—Gracias por el café, Knox. —Se levantó después de ver la hora nuevamente—. Debo irme. —Desde donde estaba, a seis metros, tiró al basurero el vaso vacío y me guiñó un ojo.

—¿Sabes en qué equipo estarás? —pregunté antes de que desapareciera por el pasillo, no quería quedarme con la duda.

—Sí —gritó mientras caminaba hacia las escaleras.

—¿En cuál?

—Ya lo verás.

CAPÍTULO 1

Knox

A las cero trescientas nos encontrábamos en la sala de juntas, revisando por última vez los planos del antiguo edificio y los lugares de acceso.

—Lamento llegar tarde —dijo una voz dulce, conocida y femenina.

—Agente Weston. —Saludó Shaw—. Déjeme presentarle al agente Noah Carter — indicó hacia el que tenía el casco en la mano—, y a nuestro asesor, Knox Gibson.

—Caballeros —dijo y saludó, asintiendo con la cabeza—. Soy Lilian Weston.

Traía cuatro carpetas bajo el brazo y después de ponerlas sobre la mesa, encendió el proyector de la sala.

—La última información que recibimos —comenzó con el ceño fruncido y los ojos fijos en mí—, es que... en este lugar, —apuntó con el dedo sobre el telón—, habrá aproximadamente seis hombres. Llevan días esperando luz verde y esta tarde... Interceptamos una llamada, donde nuestro querido secuaz, les indicaba que debían

reunirse con él, a las afueras de la ciudad, en el viejo aeropuerto.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Con quién corroboraron esa información? Hasta ayer, los hombres de Thompson esperaban a que él se reuniera con ellos, no al revés.

—Agente Gibson.

—No soy agente —aclaré.

—Claro, disculpe, lo había olvidado. — Se mordió el labio—. Esta es información nueva y nos la confirmaron hace menos de dos horas.

—¿Por eso estabas aquí?

—¿Cómo? —preguntó ella.

—¿Por eso llegaste antes y...?

—Gibson, por favor... —interrumpió

Shaw.

—Coronel, la razón por la que hemos coordinado todo este despliegue, es porque la información que manejamos, es que es Thompson quien va a reunirse con sus hombres y no al revés —insistí.

—Sí, pero... —agregó él.

—No tiene sentido que movilicemos tres equipos de asalto para apresar a seis hombres. Además, ninguno de ellos es de su total confianza. Son simples peones en este escenario.

—Knox, si se desplazan, será incluso más fácil agarrarlos por sorpresa —afirmó Carter.

—¿Qué dices?

—No saben que contamos con esto — indicó con el dedo índice a la carpeta que tenía sobre la mesa—, y tampoco, que podemos movernos con rapidez. El aeropuerto es pequeño; tendremos incluso mejor visibilidad.

—Aquí hay algo raro. Esto está mal — insistí—. Llevamos dos semanas escuchando que...

—Acaso no se te ocurre, que, por lo mismo, ¿hayan decidido cambiar los planes? —interrumpió Weston.

—Es absurdo.

—Escucha, Knox. Esta es información fresca y viene de una buena fuente. Interceptamos la llamada, la hizo Thompson directamente. Dime, ¿cuándo fue la última vez que le oíste al teléfono? —Tenía razón, pero en las entrañas sabía que había algo raro.

—Suficiente —dijo Shaw—. Weston, quiero los planos del aeropuerto.

—Un momento, señor. —Lilian abrió la puerta de la sala e hizo entrar a uno de los chicos de mi equipo, que era experto en informática—. Aquí —indicó en el telón, mientras veíamos imágenes satelitales de la pista de aterrizaje—, tiene un largo de cinco kilómetros. Es más que suficiente como para que el *Falcon 2000*¹ despegue casi sin ser notado. Es un *jet* rápido y liviano.

¹ *Falcon 2000*: Jet liviano, con capacidad para ocho personas.

—Pero...

—Por otra parte, el bosque, está a veinticinco kilómetros de la ciudad... más que suficiente para pasar desapercibidos y por último...

—Weston... —interrumpí golpeando la mesa—. No tendremos dónde cobijarnos, estaremos expuestos.

—En los hangares.

—Es absurdo. —Apreté los puños.

—Piénsalo, ¿quieres? —Volvió a guiñarme el ojo con la misma inocencia con que lo hizo, cuando tiró el vaso en el bote de basura, y la mirada traviesa que me dio, no pasó desapercibida.

A pesar de mis comentarios, Shaw pareció convencido del plan de Weston. Mandó llamar a los diferentes escuadrones y revisamos los planos e imágenes en conjunto.

Los ajustes fueron mayores, sobre todo porque tuvimos que pedir refuerzos. Efectivamente, no tendríamos suficiente camuflaje, más que las últimas horas de la noche.

—Como le expliqué —terminó Shaw—, el agente Carter y el señor Gibson, irán por los flancos y usted...

—Me quedaré cuidando su retaguardia; entendido, coronel —dijo Weston.

—Señores, a prepararse.

Apenas entramos a los camerinos, Carter y yo fuimos a las taquillas. Por primera vez en doce meses, volvía a ponerme el chaleco antibalas. Acomodé los bordes y me ajusté las cintas de velcro.

Detrás de mí, y al otro lado, Lilian Weston terminaba de equiparse. Cargaba dos armas a la altura del cinturón, una en el costado izquierdo y la otra en la espalda, donde también había un cuchillo dentado. Como si eso no fuera impresionante, tenía cuatro cargadores enganchados a la altura de la costilla derecha.

—Va armada hasta los dientes —dijo Carter.

—Ajá.

—Es una niña.

—¿Qué? —pregunté mientras ajustaba el cuchillo en mi bota.

—Weston... ¡Dios! Shaw se volvió loco.

—Se pasó las manos por el pelo.

—No es nuestro problema. —Revisé los dos cargadores de mi *Glock*², puse el seguro y la ajusté en mi chaleco.

—No olvides el casco —dijo Weston, que pasaba por nuestro lado de camino al camión de asalto, con la frente en alto. Como si los más de veinte centímetros que le sacaba, fueran insignificantes.

² *Glock*: Arma automática de 9 mm.

—Claro —respondió Carter que lo tenía puesto, mientras que el mío todavía estaba en la mesa con el resto de mis cosas.

—Gracias, agente Weston.

—Por nada. —Sonrió y caminó como si se deslizara en el aire, y no como si en realidad cargara doce kilos más; el solo rifle pesaba más de diez.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, y después de revisarlo todo, esperamos. A mi lado derecho había un francotirador, y detrás de mí, seis agentes repartidos entre los árboles, listos y atentos a la señal.

El aeropuerto, se encontraba al centro de un bosque espeso de pinos, que había sido despejado para su construcción. Había más de treinta metros entre la pista y el tronco más cercano. No era suficiente. Tuvimos que separarnos, Carter se instaló con el equipo azul en el hangar y yo me quedé con el equipo rojo entre los árboles.

—Equipo rojo, equipo rojo... — escuché por la radio.

—Aquí, líder —respondí por el micrófono que sobresalía de mi casco—. Atentos, *Falcon 2000* a punto de aterrizar. — Desde la central, los que revisaban las imágenes del satélite, eran los únicos que, en realidad, podían decírnos qué estaba pasando.

Los hombres de Thompson llegarían en cualquier momento. Según la información que nos había dado Weston, el avión estaría en tierra no más de cinco minutos. Tiempo suficiente para recoger la ropa sucia y despegar.

—Equipo rojo, se acerca una caravana. Dos camionetas, seis hombres. —Escuché en mi casco.

—Aquí líder rojo, en posición.

—Líder azul, en posición —respondió Carter.

—Líder verde, en posición —dijo Shaw.

—Líder amarillo, en posición —terminó Weston.

Miré a mi alrededor para contar a mis hombres y avanzamos unos metros protegidos por la oscuridad. Porque, nuestros trajes negros y la pintura de camuflaje, no eran suficiente.

—Menos de un minuto. —Oí la instrucción.

—Entendido. —Esperé. Dos camionetas *Suburban* negras, se acercaban a toda velocidad y al mismo tiempo, podía escuchar el sonido de las turbinas del *Falcon 2000*.

Todo pasó rápido. El *jet* aterrizó y, en vez de quedarse en la pista de aterrizaje, avanzó hacia el hangar.

—Líder azul, en posición —dijo Carter.

Se detuvo a quince metros y las camionetas, avanzaron hacia la puerta a toda velocidad.

En vez de que se bajaran seis hombres listos para subir al avión que los llevaría hacia la libertad, descendieron seis soldados que iban más armados, incluso, que nosotros.

Sacaron un *bazooka* de uno de los coches y dispararon directo hacia el hangar. La explosión pareció suceder en cámara lenta. Los vidrios reventaron primero, y luego, el edificio comenzó a venirse abajo, levantando las llamas hasta el cielo.

—Líder azul, líder azul, responda — gritó Shaw desde su posición.

—¡Carter! —aullé y me mordí la lengua, para evitar salir corriendo por él.

—Líder rojo, atención. —Escuché a Weston.

Tres hombres avanzaban con metralletas hacia nosotros. Si bien, estaba seguro de que no podían vernos, uno disparaba arriba y abajo, mientras que otro lo hacía hacia los costados.

El *jet* les servía de escudo, mientras continuaban disparando a todo lo que se movía.

—¡Es una emboscada! —gritó Shaw—. Atrás, atrás, retirada —gritó de nuevo. Él y

sus hombres se protegieron detrás de los árboles—. ¿Qué haces, Gibson? ¡Atrás! ¡Es una orden!

No iba a responder estupideces, pero él, al igual que yo, sabíamos que si algo me sucedía sería por causa de mis propias decisiones y que los federales, no se harían responsables.

Corré entre las sombras con mi rifle en la mano, listo para contraatacar. Tres de los soldados de Thompson acababan de subir a una de las camionetas que arrancaba hacia el sur, mientras que el *jet*, se preparaba para despegar.

—¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! —les grité a mis hombres.

Las luces del *Falcon 2000*, en cualquier momento, nos dejarían al descubierto.

Aproveché los segundos y corrí. Me escondí tras una de las puertas en llamas del hangar, me agaché y puse los dedos en el gatillo.

Un poco más, dos centímetros a la izquierda y serían míos. Respiré profundo y ajustando la vista, me preparé para disparar.

Cuatro tiros, cuatro balas. Una mía, que le dio en el centro del pecho a uno de los hombres que sacaba otra metralleta del asiento trasero, neutralizándolo de inmediato. Otra, pasó a centímetros de mi oreja y dos más, que alguien disparó detrás

de mí, y que tiraron al suelo, a los que acababan de descubrir mi posición.

—Todo despejado. —Escuché a los idiotas del centro de mando—. Las imágenes del satélite nos indican que hay cuatro agentes atrapados en el hangar. —Tiré el rifle y corrí.

—¡Llamen a las unidades de rescate, de inmediato! —gritaba Shaw.

—¡Carter! —Las llamas estaban a punto de llegar a uno de los tanques de combustible.

Shaw y sus hombres venían detrás, y juntos, nos pusimos a buscar a los sobrevivientes. Tenía que ser rápido, en cuanto el fuego llegara a los tanques, lo que quedaba de la estructura en llamas, estallaría.

—¡Allá! —Oí a Weston que corría hacia mí—. ¡Gibson, allá!

Se me apretó el pecho cuando lo vi tirado, pero me volvió el alma al cuerpo, cuando puse mis dedos en su cuello y sentí que aún tenía pulso.

—¡Rápido! —gritaba Weston.

No supe si fueron minutos o fueron horas, pero contuve el aliento hasta que vi que a Carter se lo llevaron en la ambulancia. Con riesgo de muerte, pero respirando por sí mismo.

—Me debes una —dijo Weston a mi lado, cuando las sirenas parecieron tragárselo todo.

CAPÍTULO 2

Lily

Cuando regresamos a la base, el coronel nos hizo pasar a la sala de mando de inmediato. Tenía ganas de tirar mi casco, pero me lo saqué con calma y me solté el cabello para dejar que cayera en cascada por mis hombros. Me pasé la palma de la mano por la frente, olvidando que aún tenía pintura y se me quedaron negras.

Había estado cerca. Carter y dos de sus hombres hospitalizados, pero uno de los de su equipo, no tuvo la misma suerte.

—Una *puta* emboscada —dijo Knox, que todavía apretaba los puños y la mandíbula.

—Así es —agregó el coronel, con una mano en la cintura y la otra sobre la mesa.

—Se puede saber, ¿cómo corroboraste la información? —preguntó Knox, perforándome con la mirada. Sus oscuros ojos marrones se veían negros de furia.

—Estuve infiltrada.

—¿Qué?

—Fueron dos meses de trabajo, Gibson. —Sentía temblores en el cuerpo. ¿Adrenalina? ¿Culpa? ¿Ira?

—No te creo.

—¿Acaso eres imbécil? —Me hervía la sangre—. Por qué crees que no estaba anoche cuando revisaron el plan de asalto. —Le pegué a la mesa con el puño—. ¿Piensas que estaba en la peluquería o arreglándome las uñas?

—No digo eso, pero...

No sabía qué más decir. Dentro de la célula, había diferentes escalas de mando y la única que podía asegurarme acceso a información relevante, era vincularse con Paul Kendrick, la mano derecha de Thompson. Cuando le permití tocarme la primera vez, sentí que la bilis me llegaba a la boca y tuve que tragarme hasta el orgullo, para mantener la sonrisa y fingir placer. Una mansión de ensueño, llena de terroristas armados y mujeres dispuestas a satisfacerlos, no era precisamente mi idea de vacaciones pagadas. Sin embargo, y a pesar de todo, nunca fue violento y me llevaba a todas partes, como si quisiera enseñarles a todos que tenía un premio.

—Escúchame. Voy a averiguar qué fue lo que pasó... —respiré profundo—, y voy a hacerlo ahora. —Apreté la mandíbula y giré hacia la puerta.

—Weston —dijo el coronel, alzando la voz—. No puedes regresar.

—Pero... coronel...

—No puedes regresar. Podrían haberte reconocido.

—Nadie me vio.

—¿Cómo puedes estar tan segura? — preguntó Knox. Tenía ganas de estrangularlo.

—Porque quienes aparecieron, son simples matones adiestrados, perros falderos.

—De nuevo —insistió—, ¿cómo puedes estar tan segura?

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—No —dijo el coronel—. Es una orden.

—Pero...

—Es una orden, agente Weston.

Antes de darme la instrucción de que me quedara quieta, volvimos a revisar los hechos. Había sido una emboscada y necesitaba saber por qué. Paul Frederick llevaba semanas planeando su reencuentro con Thompson, por lo que no tenía sentido que hubiese cambiado. Hasta la noche anterior, todo seguía igual y no hubo más comentarios hasta que logré escabullirme en la hora de la madrugada.

Salí de la sala dando un portazo y caminé directa a los vestuarios, cruzando los dedos para que no quedara nadie.

Apreté con fuerzas el lavamanos y cuando me miré en el espejo, no me reconocí en el reflejo. Las ondas, medio rubias y platinadas, le habían causado estragos a mi cabello, estaba más flaca y las

ojeras eran incluso más oscuras que la pintura negra que todavía llevaba en las mejillas.

Cerré los ojos, era la primera vez que tenía ganas de llorar producto de la experiencia, pero era la ira la que amenazaba con hacerme explotar.

Casi nos matan y de no haber sido porque Knox Gibson pidió refuerzos e insistió en revisar una vez más la estrategia, no habríamos llegado a discutir en la sala de reuniones, y yo, no estaría tragándome las lágrimas como si fuera una colegiala.

—Eres más fuerte que esto —me dije al espejo—. Eres más fuerte que esto... —repetí y me lavé la cara.

Me apreté las mejillas para darles un poco de color y salí con la cabeza en alto. Recogería mis cosas y me iría a casa.

—¿Así que dos meses? —preguntó Knox cuando salí del baño. Estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados contra su pecho y parecía haber estado esperándome.

—Ajá. —Seguí mi camino.

—Y, ¿qué estuviste haciendo? —Venía un metro detrás.

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es —dijo mirándome a los ojos.

—Por supuesto, era lo que me faltaba —respondí y él asintió con una sonrisa socarrona.

—Shaw quiere hablar contigo.

El coronel estaba al teléfono y se encontraba solo en la sala de mando. Cuando entré, me miró y se puso el dedo índice en la boca.

—Sí, señor.

Silencio.

—Estamos al tanto y la información era genuina —respondió.

Silencio.

—La agente Weston.

Silencio.

—Sí, dos meses...

Silencio.

—Con todo respeto, general... —Se apretó el puente de la nariz con los dedos.

Silencio.

—No. No volveré a poner en riesgo a una de mis mejores agentes. Y mucho menos, de esa manera. Él la quiere, escapó de la mansión y no sé qué sucederá si regresa sin explicación.

Silencio.

—Así es.

Silencio.

—Contará con la protección de uno de nuestros asesores, las veinticuatro horas del día.

Silencio.

—Así es.

Silencio.

—Señor, le he pedido hasta el cansancio que se nos una, pero no quiere. Confíe en mí, es el mejor.

Silencio.

—No, señor. El agente Carter se encuentra hospitalizado y corre en riesgo su vida.

Silencio.

—Gracias, señor.

Colgó el teléfono, agachó la cabeza y puso las dos manos sobre la mesa.

—Señor, con el debido respeto... —comencé.

—Agente Weston. La decisión está tomada.

—Pero...

—El señor Gibson estará a cargo de protegerla, hasta que nos aseguremos de tener a Thompson en prisión.

—No necesito una niñera, soy perfectamente capaz...

—Agente, cuide su lenguaje... No olvide con quién está hablando.

—Lo siento, coronel. —Apreté la mandíbula.

—Se le ha asignado guardia y seguirá mis instrucciones, ¿está claro? —No podía creerlo.

—Sí, coronel. —Me palpitaba el pecho y sentía el corazón en los oídos.

—Señor Gibson, acompañe a la agente Weston a su casa para que recoja lo que necesite. Luego, a la casa de seguridad.

—Por supuesto —dijo Knox.

—Los espero mañana a las cero novecientas.

Knox

Ni una palabra, no dijo ni una sola palabra desde que nos subimos al coche. Llevábamos diez minutos de trayecto y nada.

—Esta no es mi casa.

—Lo sé, ven conmigo. —Bajé del coche y di la vuelta para abrir el lado del pasajero.

—No necesito que me abras la puerta.

—Como quieras. —Avancé—. Ten cuidado con ese escalón —le dije indicando al tercero de arriba hacia abajo, que tenía un hoyo que no se veía. Resbaló, pero alcancé a cogerla antes de que llegara al suelo.

—Y, ¿este lugar? —preguntó soltándose de mis brazos.

—Es mi casa.

—Ah, veo que no tienes problemas para pagar las cuentas —dijo cuando prendí las luces.

—No.

—Mmm... —Miró, de lado a lado, todo lo que había en mi casa—. Eres un poco...

—¿Me vas a psicoanalizar? —agregué sin ganas de hablar sobre decoración.

—¿Qué?

—Esa es tu especialidad, ¿verdad?
¿Psicología forense?

—Entre otras. —Se sentó en el sofá y se levantó de inmediato, como si en realidad estuviera probando si era cómodo.

Caminaba por la sala con los brazos cerrados contra su pecho.

—¿No tienes fotos?

—¿Qué?

—Fotos familiares.

—No.

—¿Cuántos días que no vienes?

—¿Qué?

—Hace cuánto que no venías.

—Dos...

—Ya veo... —caminó hacia mi habitación, de donde yo sacaba cosas del armario para poner en mi bolso deportivo— . Eres casi espartano.

—¿Mmm?

—No hay nada que no sea práctico o necesario.

—Ajá. —Me faltaba coger algunas cosas del baño y estaría listo.

—Ni una planta, no hay fotos, todo es del mismo color... —Se llevó el dedo índice a la barbilla—. De no haber entrado contigo, pensaría que aquí no vive nadie.

—Mmm. —Cogí también una mochila, pensando en que necesitaría un lugar para guardar mis botas de combate.

—¿Tres habitaciones? —dijo cuando regresó por el pasillo.

—Ajá.

—Eres un gran conversador —agregó moviendo el dedo, como si estuviera pensando.

—Mmm.

—Oh, por favor, no desperdices palabras por mí. —Lilian Weston, no tenía problemas en desplegar con alarde sus cuotas de sarcasmo.

—Es hora de irnos.

—Pero si quiero ver... —le cogí la mano y la saqué de la casa, antes de que siguiera haciendo preguntas. Conecté la alarma y caminé hacia el coche.

Me subí por el asiento del piloto y toqué la bocina, cuando vi que ella no parecía tener intenciones de moverse.

—¿Impaciente? —preguntó.

—¿Te han dicho que eres una metiche?

—Por supuesto —sonrió—, sobre todo cuando hago bien mi trabajo.

—Pues, también eres insufrible.

—Ajá... —Dio una carcajada—. Es una cita textual de lo que estoy segura de que habrías dicho. —Cerró la puerta del coche y se pasó las manos por el pelo.

—¿Podríamos pasar por una farmacia? Necesito comprar algunas cosas.

—Mmm.

—¿Llevas tu arma? —me preguntó.

—Ajá y, ¿tú?

—¿Qué crees? Aunque me acompañe una niñera, tengo licencia e identificación.

—Claro. —Se abrió la chaqueta, sacó su *Glock*, revisó el cargador y en vez de ponerla de regreso en la funda, se la ajustó por detrás del pantalón.

Le acompañé; pero me mantuve a distancia. Necesitaba ver el lugar entero, y a todos quienes estuvieran ahí. Un espejo redondo colgado en la esquina me permitía una visión completa, periférica.

Se acercó con una cesta llena de artículos de baño y me miró de arriba abajo cuando llegó a la caja.

—¿Les importaría? —Indicó la cajera que ya había puesto los productos en una bolsa y esperaba a que pagara.

—Oh, claro. —Saqué la cartera del bolsillo trasero de mis jeans y deslicé la tarjeta. Cogí de sus manos la bolsa y caminé tras ella hasta el coche.

—Gracias —dijo cuando arranqué el motor—. Te haré una transferencia, apenas llegue a mi apartamento.

—No hay problema.

Conocía su dirección, había memorizado todos sus datos del correo electrónico que había recibido y revisé el archivo al detalle. Cuando el coronel me informó de mis nuevos quehaceres, maldije por lo bajo. Me lo pidió como un favor, y me

dijo que era una tarea que habría preferido darle a Carter.

—Cuando bajamos en el piso dieciséis, la vi mirar hacia todos lados.

—¿En serio? —pregunté cuando la vi sacar las llaves de su apartamento, que estaban debajo del extintor de emergencia, al lado del ascensor.

—Ajá. —Abrió; pero antes de que pusiera un pie adentro, agarré su hombro para detenerla.

—Espera —saqué mi arma y revisé habitación por habitación—. Ya puedes entrar.

—Gracias —dijo poniendo los ojos en blanco.

Tardó menos que yo en hacer la maleta y subimos a mi coche a los diez minutos. La casa de seguridad estaba en las afueras de la ciudad. Tenía casi trescientos metros construidos y parecía una cabaña de vacaciones. Madera rústica y pilas de leña al costado, como si estuvieran esperando ser usadas. Además, había una camioneta antigua estacionada bajo techo.

No era, para mi gusto, una casa discreta. Sin embargo, en el *FBI* estaban seguros de que porque tenía la misma arquitectura de la zona, no llamaría la atención. Pero por dentro, era un verdadero búnker.

El código de seguridad para desactivar la alarma cambiaba cada doce horas y sucedía lo mismo, con la cerradura de la entrada mientras estuviese desocupada.

—Qué lugar... —dijo Weston, cuando dejó su bolso en el suelo.

—Ajá.

Caminó hacia el comedor, puso su mano en el centro de la mesa e ingresó la clave. De inmediato, se abrió un compartimiento desde donde apareció un ordenador y la casa cobró vida. Se encendieron las luces, que, hasta el momento, no había notado que no tenían electricidad.

—Voy a ver qué hay de comer — agregué y caminé hasta la cocina.

No podía creer que la oficina de investigaciones contara con semejantes instalaciones, y mucho menos, que hubiese de todo, incluyendo frutas y verduras.

—¡Knox! —Le oí y cerré el frigorífico—. Si llega a faltarnos algo, debemos contactar con Olga. —Me mostró una nota y un teléfono satelital.

CAPÍTULO 3

Knox

Busqué entre las diez habitaciones hasta que encontré el centro de control. La casa tenía cámaras dispuestas en todos los ángulos, con un alcance de un kilómetro a la redonda. A través del satélite, podía detectar el movimiento con detalle, incluso el de nosotros, gracias a las imágenes infrarrojas conectadas al sistema.

—Te ves guapo de amarillo con azul — dijo Weston, cuando me vio con las pantallas prendidas y después de revisar las imágenes térmicas. Se había parado detrás y miraba con la misma atención todo lo que nos rodeaba.

—Ajá.

—¿Vas a comer?

—No, gracias —dije cuando hice un acercamiento de la cámara hacia el estacionamiento, para ver cuál era el nivel de detalle.

—Vale, no digas que no te pregunté.

Perdí la noción del tiempo y oscurecía cuando regresé a la sala. Había carne a la plancha y una ensalada de lechuga, pepino, calabacines y aguacate. Un plato lavado

escurriendo, un tenedor, un cuchillo, y en la isla, una botella de vino con una copa limpia.

No era necesario ser detective, para ver que me había dejado comida. Me serví algo de carne y la puse en el microondas. Llené un tercio de vino en la copa y degusté el primer sorbo. Era bueno, muy bueno. Suponía que ese nivel de lujos, estaban preparados para personas de alto perfil a quienes la oficina de investigaciones quisiera dejar fuera del radar.

Me saqué la chaqueta y dejé mi arma sobre la mesa de centro.

—¿Crees sabio dejar tu pistola al alcance de cualquiera? —Abrí los ojos y me quedé mirando el cielo. Me había estirado en el sofá y me tapaba la cara con el antebrazo.

—Revisé el perímetro y está asegurado. Las cámaras están activadas — respondí sin moverme.

—Ya. Veo que aprovechaste la comida y el vino —dijo y se sentó a mi lado. Un aroma frutal, intenso y desconocido me hizo girar, para encontrarme con una imagen que no habría visto, ni siquiera a través del satélite.

Lily Weston se había cambiado el color del cabello. Por primera vez, desde que la conocí, vi la profundidad de sus ojos azules cobalto, gracias al castaño oscuro que ahora contrastaba con ellos. Ya no le quedaban ni rastros de pintura negra en el rostro, ni del

rubio platinado con el que había disparado el rifle, en medio de la emboscada.

No llevaba maquillaje, sus labios rosa eran tan llamativos como el top negro que escondía sus redondos pechos. Peor era, si miraba con más detalles, ese pantalón deportivo que le abrazaba las caderas y dejaba su abdomen marcado al descubierto. Dios, Lily Weston no solo era atlética, se ejercitaba regularmente. Un cuerpo como ese no se obtenía de la noche a la mañana.

—Tu cabello es...

—Mmm, pues, espero haberle dado en el blanco. Es el color que más se parece al mío.

—¿En serio?

—Claro. —Sonrió—. Aunque dicen que las rubias se lo pasan mejor.

—¿Lo pasaste mejor? —pregunté. Tomó un trago de vino y cerró los ojos.

—Por supuesto —respondió sin entusiasmo.

—Pues, me daré una ducha. ¿Estarás bien?

—¡Vaya! El señor monosílabo es capaz de decir frases completas. —Me miró entornando los ojos—. Por supuesto, adelante. Dejaste encendidas las alarmas, ¿no es verdad? —Asentí—. Ve tranquilo. No pienso ir a ninguna parte. —Se sentó en el mismo lugar que había ocupado yo segundos antes, y se acostó de lado.

Después de revisar la casa, dejé mis cosas en la habitación contigua a la de Weston, antes de cerrar detrás de mí la puerta del baño.

Apoyé las manos en los fríos azulejos de la pared y puse la cabeza bajo la ducha. El agua caliente me relajaba los músculos y al mismo tiempo, me traía al presente. Carter podría haber muerto y Weston me había salvado la vida. ¿Por qué Shaw la quería en una reunión por la mañana, si lo que me había pedido era que, prácticamente, la hiciera desaparecer?

Me pareció entender la ira en la cara de Weston, cuando dijo que averiguaría sobre el cambio de planes y no podía creer que hubiese estado infiltrada dos meses. Paul Kendrick, era reconocido por sus perversiones y no tenía ganas ni de imaginar qué había vivido. Debía reconocerlo, la mujer tenía cojones, no cualquiera sería capaz de hacer eso.

Necesitaba preguntar detalles, necesitaba saberlo todo para entender cómo y por qué, las cosas habían salido tan mal. Pero primero, necesitaba saber cómo estaba Carter.

—¿Dónde está el teléfono?

—Lo dejé en la mesa, ahí en el comedor. —Lo cogí y comencé a marcar.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Es una línea segura, quiero preguntar si hay noticias sobre Carter —

respondí. Le vi tomar un sorbo de vino, después bajó la vista y se quedó mirando el suelo.

Marqué y esperé, Shaw me respondió al segundo ring.

—Buenas tardes, coronel.

—¿Todo bien? —me preguntó; pero no le oí bien, había ruido en el fondo.

—Sí, señor. ¿Sabe usted sobre el estado del agente Carter?

—Pues, —respiró profundo—. Ha salido de cirugía y se encuentra en cuidados intensivos. La herida de bala pasó a milímetros de la arteria femoral, tuvo suerte.

—Mmm...

—Y, ¿la agente Weston? —indagó.

—Conmigo... coronel, ¿está seguro de que quiere que vayamos mañana?

—Sí.

—Pero... la idea es que no se exponga a que la vean. Podría correr peligro.

—Lo sé, pero necesito más información sobre la ubicación de Kendrick. Es la única forma, de otro modo, no creo que podamos encontrar a Thompson —insistió.

—Muy bien, coronel —me aclaré la garganta—. Estaremos allá por la mañana.

La reunión fue corta, Weston marcó las diferentes ubicaciones en el mapa, dio información sobre los hombres importantes para Kendrick y Thompson, y, el asunto se

dio por terminado antes de las dos de la tarde.

—¿Deseas visitar a tu compañero? — me preguntó cuando nos subimos al coche.

—No.

—Vamos, don monosílabo... Será divertido. —Sonrió.

—Se puede saber ¿qué tiene de divertido visitar a un amigo que casi pierde la vida por un error?

—No fue un error —dijo con la voz grave—. No fue un error.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Pero ¿cómo? —Apreté el volante—. Dime... ¿Cómo fue que te enteraste de todo? —Ah?

—Los oí. —Weston apretó los dientes.

—¿Desde dónde?

—Ese, no es asunto tuyo... Pero los oí.

—Dios, te descubrieron, ¿verdad? — dije con seguridad. Era lo único que tenía sentido.

—No. —Levantó un poco la voz.

—¡Te descubrieron, maldita sea! ¡Te descubrieron, Weston! Estoy seguro de que esa información era especial para ti, y por supuesto, especial para que la compartieras con nosotros.

—No.

—¿Te das cuenta del riesgo que corres ahora?

—Pues...

—Saben perfectamente quién eres y saben que fuiste tú, la que nos llevó al aeropuerto. —Le pegué al salpicadero del coche—. *Mierda*, Weston, ¿en qué lío te metiste?

Cambió de color. Poco a poco, el rosa que tenía en las mejillas se transformó en blanco. Le sudaba la frente y empuñaba las manos.

—¿Quieres ir a ver a Carter, o no? — insistió cambiando el tema.

—No.

—Pero ¡Knox! Es tu amigo, acaso, ¿no te gustaría verlo?

—¿Me estás jodiendo? —Detuve el coche en medio del camino—. Por supuesto que quiero verlo; pero no puedo llevarte. Debes quedarte en la casa, nadie puede verte; es la única manera.

—No me pueden dejar encerrada.

—No seas necia, Weston. Es peligroso, fin del asunto.

Se cruzó de brazos, sus redondos pechos hicieron una reverencia y cerró esa boca de labios llenos después de mi último comentario. Cuando llegamos, se bajó del coche dando un portazo y, después de marcar el código de seguridad, entró en la casa y se fue directamente a la habitación.

No eran ni siquiera las seis de la tarde del segundo día, cuidar a esa mujer iba a ser una pesadilla.

Me metí en la ducha fría para calmar no solo mi temperamento, sino también, para aplacar la excitación que me provocaba. La mezcla entre frustración e ira, tenía la misma intensidad que la lujuria que crecía entre mis piernas.

Lily

Knox no entendía. Si Paul Kendrick me había engañado; iba a matarlo. Lo que había visto no podría olvidarlo y saber que había dejado a dos chicas atrás, no me permitiría vivir en paz conmigo misma.

Tenía que volver y, aunque tuviese que pasar por encima de él, lo haría.

El búnker, no solo era una construcción sólida con vidrios a prueba de balas, tenía también, una de las armerías más eficientes que había visto. Si lograba llegar ahí, coger un par de cosas prestadas y conseguía que Knox me dejara en paz, podría hacerlo.

En la casa, él parecía relajarse. Todos los instrumentos, alarmas y cámaras, le hacían sentir seguro y eso era justo lo que necesitaba.

—Está lista la cena. —Escuché que golpeaba la puerta de mi habitación—. Weston, la cena está...

—¡Ya te oí! —Le sorprendí. Suponía que él no se esperaba que abriera de inmediato, lo que le obligaría a insistir. Tropezar con él, había sido perfecto—. ¿Qué hay de cenar, señor chef?

—Arroz con pollo.

—¿Qué?

—Lo siento. —Se pasó una mano por el cabello—. No estoy acostumbrado ni a cocinar ni a recibir visitas.

—¿Y?

—Además, soy un hombre de gustos sencillos y no me importa mucho qué es lo que hay de comer.

—Pero no había arroz —le sonréi—, de alguna parte debe de haber salido —dije guiñándole el ojo.

—Es lo único que sé preparar. Elige; eso o una lata de atún.

—Qué gentil y caballeroso. —Quería probar su aguante. Estaba segura de que, en cualquier momento, estallaría.

Bajé la escalera con él detrás de mí y fui por un par de velas a la sala.

—¿Qué haces? —dijo cuando puse una que tenía olor a flores y la prendí con los fósforos que encontré en la cocina.

—Pues... hago de esta cena, algo más interesante —respondí.

—Dios. —Me miró, sonréi y me puse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No seas tan amargado. —Tomé un sorbo de vino—. Vamos a estar algunos días juntos, mejor nos divertimos, ¿no te parece?

—¿Estás coqueteando conmigo, Weston?

—¿Yo?

—Weston...

—Qué quieres que te diga, Knox... Te encuentro guapo, a pesar de que seas callado y tengas problemas para comunicarte.

—Basta, ¿quieres?

Me había puesto una camiseta que dejaba un hombro al descubierto y, si bien, sabía que él lo negaría hasta la muerte, llevaba rato mirándome los pechos.

Me incliné para coger el salero y aproveché de darle un primer plano de lo que había bajo la camiseta.

—No llevas sostén —dijo y se aclaró la garganta.

—Oh... pues... lo olvidé. ¿Te molesta?

—No. —Se mojó los labios.

—Genial. Mmm... dime ¿cuánto tiempo llevas trabajando para la oficina federal?

—Lo suficiente.

—Claro, no sé por qué me esperaba otra cosa.

—Dos años.

—Y... ¿qué edad tienes?

—¿Qué?

—Vamos, es una conversación trivial.

—Negó con la cabeza.

—Mmm... treinta —respondió y arrugó la frente.

—Pues... ahí, ¿ves? —Sonréí tras mi copa.

—Ajá.

—Y, ¿tienes hermanos?

—¿Qué es esto, Weston? —Un interrogatorio?

—Solo trato de conocerte, eres mi guardaespaldas. —Hice el gesto de las comillas con los dedos—. Y por ahora, la única persona con la que puedo hablar.

—Te gusta, ¿no es verdad?

—¿Qué?

—Hablar hasta por los codos.

—Vamos... no respondiste. —Me miró por el rabillo del ojo y sonrió—. —Tienes hermanos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Eso, Weston, no es asunto tuyo. —Se levantó de la mesa—. —Terminaste de cenar?

—Me había comido solo dos cucharadas de arroz y todavía no había cortado ni un trozo de pollo.

—Sí, gracias.

Lo dejé salir de la cocina. Más tarde regresaría por algo de comer en caso de que lo necesitara, pero hasta el momento, estaba logrando mi objetivo.

Knox, se encontraba sentado en el sofá con el portátil sobre sus muslos gruesos y musculosos. Su cabello castaño oscuro, era corto por los lados y un poco más largo arriba, dándole un aspecto sexy y al mismo tiempo, despreocupado. Tenía los labios llenos, sus oscuros y penetrantes ojos, eran un túnel en el que podría perderme.

Escribía a toda velocidad y casi no notó, cuando me senté frente a él.

—¿Viste mi archivo?

—¿Qué?

—Viste mi expediente, ¿no es verdad?

—Cruzó los brazos alrededor de su pecho ancho y definido.

—¿Y qué si lo hice?

—Dios. —Respiró profundo—. ¿De qué quieres hablar? —La pregunta me dejó con la boca abierta.

—Pues... de lo que quieras —respondí con mi mejor cara, consciente de que debía ser cuidadosa, pero con el deseo de volver a ver la sonrisa que aparecía tan pocas veces en su boca. Sus blancos dientes podían deslumbrar a cualquiera, a pesar de que el ochenta por ciento del tiempo tuviese el ceño fruncido. Por otro lado, las pequeñas marcas de expresión que ya comenzaban a formarse alrededor de sus ojos, no le quitaban atractivo, de hecho, le hacían ver muchísimo más impresionante.

—¿Segura?

—Por supuesto, si no, no te lo diría.

—¿Cómo te enteraste del plan del aeropuerto?

—¿Qué?

—La información que nosotros manejábamos era que Kendrick esperaba a Thompson en la casa. Sin embargo... tú, llegaste a contarnos que... Era Paul Kendrick quien se reuniría con su jefe. —Dejó el

portátil al costado. Se levantó y trajo las copas que rellenó para acompañar, lo que podría parecer la conversación entre dos buenos amigos. Sin embargo, se apoyó en la pared y cruzó los brazos contra su pecho.

—Lo escuché detrás de la puerta. Tenía una habitación contigua a la suya, y yo... —Tomé aire.

—¿Tú? —Abrió los ojos con atención y se llevó una mano a la cintura.

—Cuidaba a un par de chicas que estaban enfermas.

—¿Hacías de enfermera?

—Mmm. —Sonréí—. Te dije que he hecho un poco de todo.

—Claro...

—¿Acaso no me crees?

—No he dicho eso. —Tomó un gran sorbo de vino—. Pero creo que me estás diciendo la verdad a medias.

—Explícame, por favor, ¿qué necesidad tengo de mentirte?

—Estuviste infiltrada dos meses en una de las células terroristas más activas de hoy en día. Estoy seguro de que no solo trafican armas, pero todavía no he encontrado evidencias. —Se pasó las manos por la frente y se sentó frente a mí—. Hay tráfico humano, ¿verdad?

CAPÍTULO 4

Knox

Su expresión lo decía todo.

—¿Weston? —asintió con la cabeza.

—Son chicas... casi todas adolescentes. —Movía la pierna y se pasaba las manos por el cabello.

—¡Dios!... —Me apreté los ojos con los dedos—. ¿Shaw, lo sabe?

—Sí.

—Pero... Dios, no ha...

—¿Crees que no ha hecho nada? —Weston se levantó del sofá—. Estuve infiltrada dos meses, de verdad crees que, ¿eso no es hacer nada? ¿Tienes acaso, alguna idea de todo lo que vi? O... ¿De lo que viví?

—Dios, Weston... —Me levanté, me paré frente a ella y puse mis manos en sus hombros.

—Déjame, ¿quieres? —No la solté.

—Weston...

—Soy... —dijo y respiró profundo—. Nada... Olvídalos.

—Dime... —Acaricié su mejilla y pude sentir lo suave que era su piel. Cerró sus ojos cobalto y se dejó caer sobre mi pecho—. Chss... —le susurré al oído, la cogí y la obligué a sentarse en mi regazo.

Apoyó la cabeza en mi cuello y enrolló los dedos en mi camiseta. Respiraba con dificultad y se le erizaba la piel.

—Chss... —Acaricié su espalda y la acuné como si fuera una niña. La mujer que había matado con un rifle a dos hombres con una sola bala en el centro de la frente, se deshacía entre mis brazos y, la sensación, me aplastó en mil pedazos. Necesitaba conocer hasta el último detalle de lo que había visto, y, más aún, de lo que había vivido—. Chss... estoy aquí, no pasa nada.

La abracé con fuerza y besé su frente. Temblaba y no sabía qué podía hacer para evitarlo.

—Las arrancan de sus hogares y las envían al norte de Europa y Rusia. —Sentí cómo contenía el aire. Acaricié su rostro con una de mis manos y con el pulgar, sequé la lágrima que cayó por su mejilla—. Las clasifican por edad y raza... —Cerró los ojos—. Después... las inician.

—¿Qué? —No podía creerlo—. Dios, Weston... —Volví a besar su frente.

—Soy...

—¿Mmm?

—Lily. —Me miró y pude ver cómo se inundaba su alma—. Dime, Lily, por favor.

—Lily... —repetí y sentí, su nombre dulce y suave saliendo de mi boca—. Dulce, Lily.

—Las dejan poco tiempo en la casa, en general en grupos de diez. —Sentía toda la tensión de su cuerpo—. Buscan chicas de bajos recursos, chicas a las que los padres no reclamarán, o simplemente pagan por ellas. —Me sentía asqueado—. El margen que reciben tras cada entrega, es casi el mismo que el que consiguen por un cargamento de armas.

—Dios... —No quería perturbarla, pero necesitaba saberlo—. Lily... te... —No podía siquiera pronunciarlo—. ¿Acaso te forzaron o...?

—No. Pude salir a tiempo. Paul se obsesionaba con algunas chicas y las hacía pasearse desnudas para el placer de todos y... tenía un par de favoritas. La semana pasada, me dijo... que esperaba que mañana... —Apretó los puños—. Pues... que mañana me tocaba a mí calentar su cama.

—Oh... Lily...

—La noche antes de escapar para ir al centro de mando, me quedé pensando en qué haría. Podría haberlo matado con mis propias manos, pero eso no habría ayudado en nada... y, habría revelado mi identidad.

—Chss... continúa. —Estaba tensa, podía sentir la rigidez de sus músculos bajo mis dedos.

—Knox, no sabes lo que viven esas pobres chicas. —Cruzó los brazos alrededor de mi cuello y mi primer instinto fue apretarla contra mi cuerpo. Sus redondos

pechos pegados a mí, y su aroma, una mezcla floral y frutal, estaba volviéndome tan loco; casi no podía pensar—. Tengo que regresar. —Se acercó más y apoyó el mentón en mi hombro.

—No.

—Entiende, no puedo dejarlas. No tienen a nadie... —Trató de alejarse y cogí su rostro entre mis manos. Lo único que quería era besarla para calmarla, para consolarla y hacerla olvidar.

—Hablaré con Shaw. —Besé su frente—. Debemos cambiar de estrategia. Tenemos que recuperar a las chicas y evitar que sigan con lo mismo. Despues, iré tras Thompson y Kendrick.

—Iremos —dijo mirándome. Sus ojos brillaban con lágrimas de ira contenida, pero al mismo tiempo, con esperanza.

—No. No puedes regresar a ese lugar, es demasiado peligroso.

—Knox...

—Lily, por favor. Déjame hacerlo...

—¿Crees que soy una inútil y que no puedo enfrentarme a esto? —Se levantó y cortó el contacto que habían compartido nuestros cuerpos—. Soy exagente de la *CIA* y llevo casi un año trabajando para el *FBI*. ¿De verdad crees que no puedo manejarlo?

—No he dicho eso —agregué con voz grave.

—No, claro que no. Es lo que dicen todos...

—¿Por qué dejaste la *CIA*? —
interrumpí.

—Porque me había cansado de viajar.

—Me miró con una sonrisa socarrona—.
Créeme, los espías viajan mucho.

—Lily, en serio.

—Dios, no... —Se llevó las dos manos
al rostro y se apretó los ojos con los dedos—.
¿Puedo confiar en ti?

—Sí.

—Knox, necesito estar segura de que
puedo confiar en ti.

—Siempre puedes... —Me aclaré la
garganta—. Siempre podrás confiar en mí. —
Me acerqué, le cogí la mano y me llevé su
muñeca a los labios.

—La *CIA* no puede operar en suelo
Norteamericano —agregó con un murmullo.

—No.

—Vengo siguiendo la pista de
Thompson desde *Omsk*³.

—Pero...

—Déjame terminar ¿quieres?

—Mmm. —Había agarrado sus dos
manos y las tenía entre las mías, pegadas a mi
pecho.

—Informé a la *CIA* y la *Interpol*, pero
no encontré pruebas que me permitieran
seguir investigando fuera del país. Cuando

³ *Omsk*: Es un centro regional para Siberia del Oeste, en Rusia.

supe que Thompson había movido su centro de operaciones a *Atlanta*... solicité el cambio.

—¿Nadie te preguntó por qué?

—Sí. —Dibujó una pequeña sonrisa en sus redondos y bellos labios—. Les dije que me había cansado de viajar.

—No te creo.

—Pues, no... Les dije lo mismo que a ti, y me ofrecieron seguir vinculada al caso.

—Pero podrías haberlo dejado en manos de la agencia...

—Secuestraron a la hermana menor de mi mejor amiga... ¿Crees que podría haberlo dejado?

—Dios, Lily. —Empuñó las manos. La abracé y volví a besar su frente.

—¿Ahora lo entiendes?

—Sí, pero no puedes regresar.

—Dios, te acabo de explicar todo, no puedo creer que...

—No, sola. —Levantó la vista y vi caer un mar de lágrimas por esos ojos, que jamás deberían haberse inundado por algo como eso.

—¿Me ayudarás?

—Necesito tiempo y planificación, pero sí. —Besé instintivamente la comisura de sus labios—. Vamos a hacerlo juntos.

Cruzó sus brazos alrededor de mi cuello y no pude contenerme. Me convertí en el dueño de sus besos y recibí mi boca con ansias. Su sabor era éxtasis puro, una

mezcla de vino, de pasión y promesas. No sabía si eran besos de emoción, de esperanza o de desesperación.

Bajé mis manos y apretando su trasero, la atraje hacia la erección que comenzó a torturarme en cuanto la tuve en mi regazo.

Enredó sus largas piernas alrededor de mi cintura y sin soltarla, ni dejar de besarla, subí la escalera con ella en brazos hasta su habitación.

Nos paramos en el borde de la cama, mirándonos, como si nos viéramos por primera vez, como dos extraños. Sus ojos cobalto se perdían mirando mi boca y su piel cremosa, pedía mis caricias.

Levanté el dobladillo de su camiseta, se la saqué por la cabeza y la dejé al costado. Sus redondos pechos caían con gracia y, sus rosados y duros pezones, me llamaban como si fuera un marinero.

Me quité la camiseta y la traje de vuelta a mi cuerpo, para que nuestra piel siguiera encendiéndose. Arañó mi pecho cuando cogí su rostro entre mis manos para besarla. La cargué de nuevo y cuando volvió a enrollar sus piernas, nos dejé caer sobre la cama. Cuidando no aplastarla con mi peso, quedé deslumbrado por ella. Esas manos firmes se agarraban a mi piel, esa cintura angosta que podía rodear con una sola mano y, ese trasero duro y redondo, parecía rogar

por caricias o palmadas que lo hicieran sonar.

Tenía dos cicatrices en el abdomen y una al lado derecho, sobre la cadera. Parecían puñaladas que habían sanado hacía mucho tiempo, al igual que lo que parecía una herida de bala en el hombro. Sin embargo, tenía un hematoma en la costilla y ese, era reciente.

—Dios, Lily, ¿qué es eso?

—¡Oh! —Sonrió cuando vio a qué me refería—. Un recordatorio de que no soy la mujer maravilla.

—Tienes una contusión. Yo... traeré...

—Si me dejas medio desnuda sobre la cama, jamás voy a perdonártelo —dijo, cuando vio que tenía intenciones de levantarme.

—No quiero hacerte daño.

—No pasa nada, no lo harás.

Hincada sobre la cama, cruzó los brazos alrededor de mi cuello y me dejó besarla hasta dejarla sin aliento. Su piel hervía y ese fuego, derretía mis decisiones y me llenaban de deseo.

El aire parecía desvanecerse y lo poco que quedaba, apenas entraba a mis pulmones. No podía respirar, estaba agitado. Mordió mi labio inferior y sentí que mi miembro, al que llevaba media hora tratando de contener, estaba a punto de perder el control. Rodamos hasta que quedó

encima y se sentó a horcajadas sobre mí. Se movió hacia adelante y hacia atrás, y le brillaron los ojos cuando sintió lo duro que estaba para ella.

—Eres grande —dijo y se movió; bajó un poco, quedando con los ojos directamente conectados con mi entrepierna—. ¿No llevas ropa interior? — preguntó encantada.

—No, si puedo evitarlo. —Codiciosa por tocarme, no tuvo ningún pudor cuando bajó la cintura de mis pantalones deportivos y agarró mi miembro entre sus manos. Sentí un latigazo de excitación que me recorrió hasta la médula, era tanta la anticipación, que no sabía qué hacer con ella.

—Dios, Knox... —dijo y rodé sobre ella. Con cuidado de no aplastarla, con una sola mano me apoderé del borde de sus pantalones y los deslicé por sus piernas, hasta dejarlos en el suelo sin olvidarme de arrastrar su tanga con lo demás.

Lily tenía un cuerpo magnífico. Era sólida, musculosa y a la vez, femenina y estilizada. Su piel era cremosa, suave y brillante. Sus redondos pechos y su cintura angosta, la hacían ser una diosa.

—Eres hermosa —le dije al oído, cuando besé el punto entre su cuello y su hombro.

—Knox... —Respiró hasta llenar sus pulmones—. Te quiero dentro de mí — jadeaba.

—No todavía, dulce Lily, no todavía. —Con un rápido movimiento de rodilla, me hizo rodar y quedó nuevamente a horcajadas sobre mí. Se sentó directamente sobre mi erección, sin darme la bienvenida, pero mostrándome lo mojada y desesperada que estaba por mí, sobre la tela del pantalón. Volví a darla vuelta para dejarla de espaldas a la cama y arrugó la frente, pero no pudo esconder el calor y el deseo que mostraban sus ojos.

—Quieta —dije apoyado en mis rodillas. La detuve dejando sus piernas abiertas y su pasión húmeda pidiendo más de mí—. No luches conmigo.

—No estoy luchando. —Se movía, alzaba las caderas tratando de lograr más contacto.

Cogí sus muñecas, la inmovilicé con una de mis manos y con la otra, fui dibujando un camino recto entre cada una de sus cicatrices, camino que después seguí con mis labios.

—Oh, Dios... Knox...

—Lily... —Lamí la cicatriz que tenía en la cadera y la acaricié con la palma de la mano—. Y, ¿esto?

—Una puñalada.

Seguí recorriendo con los dedos, para
después seguir con la boca y con la lengua,
dejando besos húmedos por todo su cuerpo.

CAPÍTULO 5

Lily

La sangre me bombeaba rápido, estaba tan cerca, pero Knox no hacía más que besar mi cuerpo y me volvía loca con eso.

—¿Por qué estás luchando? —me dijo al oído.

—No estoy luchando.

—¿No? —Se levantó en los codos y tomó mis labios.

Enganché una de mis piernas a su cintura y lo atraje a mí. Podía sentirlo, estaba duro como una piedra y todo por mí.

—Lily...

—¿Acaso no...?

—No, no es eso. —Besó la punta de mi nariz—. Estás exaltada —dijo con voz grave y lo tomé por sorpresa cuando rodé nuevamente sobre él. Cogí sus brazos y los llevé sobre su cabeza.

—Knox. —Me moví hacia adelante y hacia atrás sobre su erección, y cuando cerró los ojos, sentí la victoria.

—No es una competencia —dijo conteniendo el aliento—, pero el día que te tenga... Lo haré cuando estés relajada y no pienses en nada más que disfrutar. —Se soltó

sin dificultad, me sujetó de las caderas y me llevó a su lado, privándome de la satisfacción.

Me levanté de la cama, entré al baño y cerré con un portazo. En el espejo, me vi con el cabello enmarañado y las mejillas encendidas con un calor, que no hacía más que quemarme y amenazar con arrasar con mi cuerpo. Me lavé la cara y después, vi el hematoma. Cuando crucé la puerta de regreso, abrió la cama y en silencio, me invitó a acompañarlo. Me abrazó, apoyé la cabeza en su hombro y me apretó contra su piel. Tantos años, fingiendo ser diferentes personas, me habían llevado a dominar el arte de la mentira. Puse la cabeza en su pecho e inspiré su esencia pura y magnética. Era cítrica, almizclada, un descubrimiento que por siempre quedaría grabado en mi mente.

Despacio, dejé que la yema de mis dedos llegara a la altura de sus caderas y me detuvo, llevando mi mano de regreso a la altura de su corazón, apresándola bajo la suya.

—No deseo dominarte, ¿sabes? —dijo; rodé sobre mi propio eje y de espaldas, perdiendo el contacto con él, me tapé los ojos con el antebrazo—. No ahora.

—Qué bueno saberlo —respondí. Sin moverse y permitiéndome salir de su abrazo, acomodó la cabeza en una de las

almohadas—. Eres buena con el rifle, pero creo que se te da mejor el sarcasmo.

—¡Gracias! Qué gran cumplido. —Me sentía igualmente caliente e irritada.

—No era un...

—No te preocupes, no son necesarias las explicaciones... —Me levanté de la cama, cogí una de las sábanas y salí de la habitación. Lo dejé descubierto, erecto y frustrado.

Entré a su habitación y me puse una de sus camisetas. No había pensado bien mi plan de escape, porque cuando lo dejé en la mía, lo dejé también con todas mis cosas.

Bajé a la sala y rellené la copa de vino que había dejado sobre la mesa. Me senté en el sofá y me abracé las rodillas, tratando de despejar mi cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó a los pocos minutos. Casi me provoca un infarto, porque no le oí, hasta que estuvo con los labios a centímetros de mi oreja.

—¿Te crees ninja? —Estaba tan molesta que no pude evitarlo.

—Sí —respondió y rellenó su copa para después, sentarse frente a mí.

Dios, el hombre era magnífico. Esa mandíbula cuadrada, junto a sus labios llenos, no hacían más que demostrar su esencia. No tenía que ver solo con ese hoyuelo que se le marcaba en la mejilla cuando sonreía, o por el cómo brillaban sus

ojos marrones. Como yo, también tenía en el cuerpo evidencias de lo peligroso que podía ser nuestro trabajo. En la espalda, tenía seis cicatrices que parecían ser consecuencia de cortes profundos y en la clavícula, huellas de una cirugía. Pero aun así, Knox Gibson era perfección total. Sus anchos hombros eran imposibles de disimular, pero ese torso que marcaba una exquisita V que continuaba bajo la línea de la cintura del pantalón, hacían imposible mi concentración en algo que no fuera su cercanía. Su piel suave, era solo la cobertura de sus músculos de acero.

—Te ves... —Me observó de arriba abajo—. Te ves bien con mi ropa.

—Gracias. —Bebí un trago de mi copa.

—Lily... mírame. —Alcé los ojos—. Cuando estás conmigo, no necesitas tener el control.

—No se trata de eso —Quería explicárselo, pero no sabía por dónde empezar—. Necesito tenerlo.

—No conmigo.

—No lo entiendes —insistí—. Es la única manera en la que logro sentirme... sentirme... —¿Cómo podría él entenderlo?

—¿Mmm? ¿Segura? —respondió a mis propias preguntas.

—Sí. —Odiaba admitirlo, pero no confiaba en nadie y había comenzado a llegar a la conclusión de que había sido una pésima idea, contárselo todo de una sola vez.

Se levantó y me quitó la copa de las manos. Me acercó a él y besó mi frente.

—Vamos a dormir, es tarde y estás cansada. —Despejó mi rostro de uno de mis rebeldes mechones de cabello—. Mañana iré a hablar con Shaw.

—Qué, ¿eso es todo?

—Ajá.

—No me vengas con monosílabos de nuevo, ¿quieres?

—Lily. —Acarició mi mejilla y me dio un beso que amenazaba con derretirme en el momento—. Conmigo, no necesitas control. Me aseguraré de que sea bueno para ti. El placer será tuyo y te daré lo que necesitas, pero debes dejarme... debes dejar de pensar... debes confiar en mí.

—Yo... —Mi corazón volvía a latir con locura y la frecuencia no tenía nada que ver con que estuviera tocándome. Acariciaba mi espalda con un dedo y me provocaba mucho más que temblores.

Cogió mi mano y en silencio, volvimos a la habitación. Me acurruqué a su lado y me permití sentir seguridad entre sus brazos.

—Déjame cuidarte. —Besó mi frente—. Déjame tomar tu control. Déjame liberarte de eso.

—Dios, no sabes de qué estás hablando.

—Solo debes dejarlo ir.

Hundí mi rostro en su cuello y dejé que la maravilla que era su cuerpo se instalara como una imagen en mi mente. Era firme y los músculos de su pecho me daban la bienvenida. Su aroma me envolvía y entendí, que nunca había sentido algo como eso, porque era electricidad, eran chispas, eran llamas a punto de quemar mi piel. Sus grandes brazos me protegían del frío que había comenzado a asolar las ventanas. Tenía ganas de hundirme en su calor, olvidarme de todo y perderme en su promesa. Aunque mis manos parecían tener otras ideas, porque no podía dejar de tocarlo con la yema de los dedos.

Knox

Lilian Weston, iba a matarme. Si hubiese sido posible, la habría tomado en el sofá, en la escalera, contra la pared y al final, en la cama. Pero no podía olvidar que estábamos vinculados por un caso de alto riesgo, donde mi prioridad era cuidarla, en vez de pensar en las infinitas maneras en las que tenía ganas de acostarme con ella.

Sí, había tenido mujeres, pero ninguna con esa energía y ninguna que me hiciera sentir esa necesidad urgente de protegerla incluso con mi cuerpo, sobre todo, sabiendo qué clase de persona era.

Lily era arrogante, pero al mismo tiempo, fuerte y valiente. Parecía no tenerle miedo a nada y eso, era preocupante. Todos deberían tener alguna clase de temor. Yo tenía los míos y me habían permitido seguir anclado a la realidad y entender los límites. Pero ella no. Era un enigma, porque también era frágil y sensible, a pesar de que permanentemente lograra esconderlo.

En su expediente, había un detallado informe de sus trabajos previos, tanto en la *CIA* como en el *FBI*, pero nada personal y deseaba descubrirlo todo de ella.

—Así que diez años de servicio en la marina, ¿no? —preguntó.

—Ajá.

—¿*Navy SEAL*?

—Ajá.

—“*The only easy day was yesterday*” — dijo citando el lema del cuerpo. “El único día fácil fue ayer” —. ¿Crees en eso?

—Sí.

—Y, ¿*Semper Fi*⁴? —Me miró por el rabillo del ojo.

—Ahora, también, ¿hablas latín?

—Vamos... —Se levantó y apoyó la cabeza en la palma de la mano—. Todos saben que «Siempre Fiel», es respetable y la forma de vida de muchos de los de tu clase.

—¿Perdón?

—Entonces... ¿también crees en *Semper Fi*?

—Sí. ¿Tú?

—De *Oppreso Liber*⁵, aunque en realidad entré al ejército primero.

—¿Al oprimido liberó?

—Ajá. —Todavía apoyada en el codo, comenzó a acariciar mi piel.

—Mi hermano estuvo, bueno... todavía está en las fuerzas especiales—. Sentí dolor en el pecho. Sabía perfectamente a qué se dedicaban. Necesitaban tener la piel curtida y los nervios de acero—. ¿Crees en eso?

—Completamente.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el servicio?

⁴ *Semper Fi*: Es el lema de los Marines de los Estados Unidos.

⁵ *Oppreso Liber*: Es el lema de las fuerzas especiales de los Estados Unidos.

—Lo suficiente. Me encantaría decir que es fácil para una mujer, pero... no lo es.

Dejó de hacer preguntas y se acurrucó contra mi pecho. Enredó una de sus piernas entre las mías y sentí, cómo bajaba el ritmo de su respiración y se relajaba.

Besé su frente y la abracé aún con más fuerza. Que mi camiseta se le hubiese subido hasta la cintura, era un problema, porque sabía que no llevaba nada más. Había vuelto a meterme en un par de bóxer, acostado con ella a mi lado, sin ninguna clase de separación, era más de lo que era capaz de soportar. Al menos la tela, contenía la erección de acero que casi explota, cuando giró y apoyó la espalda en mi pecho, dejando el trasero pegado a mi entrepierna.